

## CONFERENCIA

# Reflexiones sobre la HISTORIA DE MÉXICO

A CARGO DEL MTRO. PONCIANO MURILLO DE LA TORRE

1. El tema de mi charla es la Historia de México. Quisiera hilvanar algunas reflexiones que nos inciten a la lucidez y a una acción personal y colectiva prudente y eficaz.
2. La Historia es la reina de las ciencias humanas. Es la guardiana de la memoria colectiva de los pueblos. El ángel de su identidad. Sin memoria los pueblos (y las personas) son sujetos de la fácil manipulación; manipulación de los poderosos y de los mercados. Borrar la memoria de los pueblos, administrar su pasado, es algo que deliberadamente se ha hecho en muchas ocasiones en el devenir del tiempo. Se cuenta que Shih Huang Ti, primer emperador chino, ordenó la destrucción de los libros hacia 250 a C, para poder contar a su manera el pasado de China. En la época de los aztecas, alrededor de 1450, el famoso Tlacáelel condenó al fuego los códices de su pueblo para recrear el pasado de esos “nuevos ricos” del altiplano mexicano, avergonzados de su nomadismo chichimeca. Recientemente, los regímenes totalitarios de Stalin y de Hitler intentaron también reescribir la historia, y no sólo la de sus pueblos, sino la universal.
3. Esta manipulación de la historia también se lleva a cabo, en todos los lugares, de una forma sutil cuando los vencedores de las luchas sociales privilegian su visión social y nos dicen cómo sucedieron realmente las cosas. Sin duda, México se encuentra en este caso de tergiversación sutil del pasado cuando sucesivamente aztecas, españoles, criollos, liberales y revolucionarios nos han querido contar su versión de nuestro pasado.
4. La Historia para funcionar requiere la sana distancia con el pasado. Un pasado aún presente no puede analizarse con parsimonia y con claridad. Por ello cuando se habla de la historia contemporánea muchos historiadores sonrían pues la historia se ocupa del pasado humano y no de su presente. La “historia contemporánea” parecería pues una contradicción en sus términos.
5. ¿Cuándo el pasado ha pasado? Depende. Cada pueblo tiene su especial percepción del tiempo. Nuestros filósofos intuyen que para México el pasado está en carne viva; que aún vivimos la caída de Tenochtitlán el 13 de agosto de 1521 como si hubiera sido ayer y que aún gritamos con Hidalgo mueran los gachupines como si estuviéramos en la madrugada de Dolores un 16 de septiembre de 1810. Este es un problema peculiar de México: su pasado no ha pasado. Tomémoslo en cuenta. Digamos para simplificar que en la generalidad de los pueblos el pasado ha pasado cuando han pasado cincuenta años. Esto marcaría a la década de los sesentas como la frontera entre estudio de la Historia y estudios sociales. El 68 mexicano no lo puede estudiar aún la Historia: la polvareda del movimiento estudiantil aún no se ha quietado lo suficiente para poder contemplar lo que dejó esa especial estampida de

búfalos. Recordemos que el paso del tiempo nos brinda la perspectiva histórica para comprender mejor a actores y contextos.

6. La Historia busca la comprensión del pasado. Entender por qué los actores singulares y colectivos hicieron lo que hicieron. La Historia busca la empatía weberiana, el ponerse en lugar de los personajes y de los colectivos para sentir el vértigo de la libertad y el peso de los límites materiales y mentales que ellos vivieron. En la Historia sí importan los “hubiera”, por ello la Historia ficción o la Historia alternativa no es un mero juego intelectual, sino un ejercicio moral que nos sumerge en la libertad y en la angustia del existir real.
7. La Historia no busca juzgar (aunque juzgar sea sabroso, dicho sea de paso). La Historia a fin de cuentas nos lleva a perdonar y a amar; comprender es perdonar y perdonar es aceptar y aceptar es amar. Y así como las personas, nos dice la Psiquiatría freudiana y no freudiana, terminamos convirtiéndonos en lo que odiamos, a los pueblos que no perdonan, se les pega lo que no han podido perdonar. El amor libera al sujeto de su realidad circundante y le permite plasmarse en libertad; el odio atrae hacia el sujeto la realidad circundante y lo aprisiona en los muros del rencor y de la repetición.
8. Cuando hablamos de la Historia de **México**, hay que tomar en consideración que México es algo nuevo. En realidad es un proyecto que surge en los criollos novohispanos alrededor de 1750 y que llega a plasmarse plenamente en la élite social hasta el liberalismo triunfante de Juárez y de Díaz. México tiene un pasado que no es propiamente mexicano. En la época prehispánica lo que ahora llamamos México no era más que un conjunto de señoríos diversos y belicosos. En la etapa novohispana, lo que ahora denominamos México, era un reino inmenso de un imperio español aún más inmenso. México es una creación humana, como cualquier comunidad histórica y como cualquier estado-nación actual; y puede transformarse en otro país o desmembrarse en otros países. Sin duda el pasado de los pueblos es esencial, pero también lo es su futuro. El proyecto de una comunidad, lo que desea hacer en el futuro, es lo que lo mantiene unido. Cuando no hay proyecto, no hay futuro, no hay comunidad social. Para meditar: ¿qué nos mantiene unidos a los mexicanos? ¿cuál es nuestro proyecto común? ¿Qué queremos hacer juntos en el futuro? ¿Queremos hacer algo juntos en el futuro?
9. En nuestra reflexión histórica mexicana nos sentimos muy autónomos pero la verdad es que estamos circunscritos por lo que nos dicta nuestra pertenencia a Occidente. Partamos de lo más sencillo, la cronología histórica. Occidente (Europa) divide su historia en cuatro etapas: la antigua, la medieval, la moderna y la contemporánea. México calca su cronología de Occidente: lo antiguo es lo prehispánico, lo colonial es lo medieval, y lo moderno y contemporáneo es lo moderno y contemporáneo. Como vemos, ser original no es tan fácil.
10. México pertenece a Occidente pero al “extremo Occidente”. Para los europeos somos occidentales pero “casi no”. ¿Qué nos ubica en esta orilla cultural de la que casi nos caemos? Por lo menos dos cosas: el trópico y lo indígena.
11. Lo geográfico tiene mala prensa quizás por dos razones: juega en contra de la libertad humana tan ponderada en la postmodernidad y sus últimos detentadores académicos fueron

nazis. La geografía (lo templado, lo frío, lo cálido, la montaña, la llanura, el río, el desierto, la selva) le recuerda al hombre que no es tan libre como lo piensa y al hombre actual no le gusta sentirse constreñido ni siquiera por la muerte. Y como el espacio vital y el dominio de Eurasia fueron conceptos caros a los jefes cercanos al Führer, el cultivo de la geografía y de la geopolítica es visto con suspicacia en los entornos del poder. Y sin embargo, el espacio influye más de lo que nos gustaría y más de lo que sospechamos. Para comprenderlo, basta pasar revista a la obra del más grande historiador europeo del siglo XX, Fernando Braudel.

12. América Latina es un espacio tropical. Los trópicos de Cáncer y Capricornio delimitan gran parte de la masa territorial de nuestro continente. Y el trópico obstaculiza la civilización con sus lluvias, sus gérmenes, su temperatura y su exuberancia de fauna y flora. En el trópico todo se lo traga la selva como a esa pareja de enamorados de la novela colombiana de José Eustasio Rivera *LA VORÁGINE* (1925). La civilización europea en América Latina tiene que enfrentarse al mundo tropical que pudre los objetos, los llena de herrumbre, y los destruye con sus insectos voraces. A las mujeres y a los hombres les hace lo mismo. Lo vemos claramente en los cuentos de Horacio Quiroga, en el Macondo de García Márquez y en las aventuras de Maqroll el Gaviro del poeta Álvaro Mutis. El trópico es la tierra de la desesperanza y no en balde el territorio tropical sigue fuera del Primer Mundo. Sólo los altiplanos permiten la vida civilizada en los trópicos pero a un costo social tremendo. Vivir en los trópicos a 2000 metros de altura como en México o a 3000 metros como en Perú y Bolivia cuesta y cuesta mucho. Sólo por no dejar: el Norte mexicano no es tropical; estamos arriba del Trópico de Cáncer. Ni tampoco lo son el Sur brasileño, uruguayo, chileno y argentino, que están por abajo del Trópico de Capricornio. Y surge de ello lo evidente: en estas zonas de los míticos Norte y Sur latinoamericanos, fuera de los registros tropicales, lo europeo o lo yanqui es más fuerte, está menos traicionado por la humedad excesiva del trópico.
13. Pero catalogar a nuestra América como “extremo Occidente” no sólo se explica con clave espacial sino también con clave cultural. El elemento indígena sedentario de los altiplanos mexicano y andino sobrevivió a la catástrofe de la Conquista e influyó lo europeo de formas inusitadas. Rescatemos al menos dos de esas influencias: el maíz y la piel cobriza.
14. Somos lo que comemos, y esto no sólo desde un punto de vista meramente biológico sino sobre todo cultural. Los tres grandes cereales de la civilización humana, el arroz, el maíz y el trigo, programan pautas económicas y de comportamiento social que se arraigan profundamente en las mentalidades sociales. El arroz, y ante todo el arroz acuático, el arroz de esas fábricas rurales que llamamos los arrozales, sostiene más gente por hectárea que el trigo y el maíz. De ahí que las tierras del arroz sean las tierras de las masas humanas; desde siempre China y la India están llenas de gente, regiones proverbiales de la explosión demográfica y al mismo tiempo de las grandes hambrunas históricas. El arroz es productivo pero requiere de trabajo comunitario constante. Las aldeas arroceras están acostumbradas al trabajo cotidiano y al trabajo en equipo. De ahí que sus poblaciones al migrar a las ciudades no sufran ningún shock al ingresar a las fábricas urbanas: están acostumbradas a trabajar, a trabajar supervisadas, a trabajar en equipo, a trabajar siempre, y a trabajar con bajos sueldos. El maíz de América, otro cereal prodigioso, sostiene poblaciones menos numerosas pero requiere poco trabajo para sostenerlas (dos meses al año, de ahí lo milagroso) y puede

consumirse por hombres y animales. El mundo del maíz es el mundo de la fiesta comunitaria, un mundo individualista en el trabajo, un mundo proclive al ocio. El maíz, cuando se encuentra con los otros cereales, es denigrado porque es consumido también por los animales. En suma, maíz equivale a ocio, a individualismo, a baja estima en su consumo. Cuando en la modernidad y postmodernidad los campesinos latinoamericanos emigraron a las ciudades, sufrieron un shock en las fábricas; el campo y la ciudad eran entornos diferentes. La mano de obra latinoamericana no está programada para las virtudes industriales. El trigo, el cereal europeo por antonomasia, está entre el arroz y el maíz en un sentido socioeconómico, casi en un equilibrio entre trabajo y ocio, entre individuo y comunidad. El trigo occidental es realmente humano. Y ahí está, no lo olvidemos, en nuestra Eucaristía cristiana católica. El maíz latinoamericano está en nuestras mesas y también en nuestros hábitos de corazón. Sólo en esos paréntesis de nuestros Norte y Sur míticos el trigo complementa al maíz.

15. La piel morena de los indígenas sedentarios se mezcló con la piel pálida de los europeos de tierras templadas y dio origen al mestizaje y a un sistema de castas que de alguna manera recuerda al de la India de los brahmanes. Cundieron las castas del Imperio Español que en gran medida fue un sistema de pigmentocracia; el color de la piel situaba tu persona en la escala social. En cierta medida, sigue siendo cierto en nuestra América y en nuestro México. Las diferencias sociales tan arraigadas, y que pasaron a Alejandro de Humboldt cuando recorrió la América española hacia 1800, han penetrado profundamente en nuestras comunidades, identificándose con el color de la piel. El Sur y el Norte míticos son blancos (o casi); ahí la presencia indígena fue exterminada como en las grandes praderas de Norte América. El mejor indio es el indio muerto es un dicho que no pronunció el coronel Custer del Séptimo de caballería sino un coronel de Chihuahua cazador de cabelleras apaches, el coronel Almada. Pero fuera de estas tierras de indios nómadas, el resto de América vivió la mezcla de etnias y razas (afroamericanas incluidas) que cristalizó en un sistema de desigualdad que aún perdura. En esto hay una atipicidad: México es uno de los pocos países mestizos de América Latina, en donde la pigmentocracia rige con suavidad bajo el amparo de la Guadalupana, símbolo más dinámico del cristianismo católico, y sin embargo, sigue siendo el país de la desigualdad, y una desigualdad rampante, ufana de sí misma. Tal vez porque el gran fracaso del proyecto mexicano sea la educación.

16. Dejemos a un lado, por lo pronto, al “extremo Occidente”. Vayamos a nuestro propio espacio histórico. Recordemos que desde la época prehispánica, una línea imaginaria pero efectiva se trazó entre lo que hoy es Tampico en el Golfo, y lo que hoy es San Blas, en el Pacífico nayarita. Es decir, una frontera imaginaria pero sentida que partía de la desembocadura del río Pánuco hasta la desembocadura del río Lerma Santiago. Esa línea dividía los territorios prehispánicos en sedentarios y nómadas, entre la alta cultura de Meso América, al sur de la línea, y el mundo nómada y rudimentario de lo que los nahuas denominaron el Gran Desierto Chichimeca, al norte de esta línea. Una frontera entre civilización y barbarie, como diría a su vez Sarmiento para la provincia de Buenos Aires y la enorme llanura pampeana.

17. Esta frontera era permeable, y a veces, cuando se sentían fuertes, los agricultores mesoamericanos colonizaban estas tierras de hijos de perros (chichimeca es hijo de perro); otras veces, los nómadas chichimecas del arco y la flecha, cuando notaban debilidad en las

áreas sedentarias, penetraban para asolar las ricas tierras del temporal y de la chinampa del centro y sur de lo que hoy es México. Esta relación fluida entre chichimecas y agricultores del México profundo es una constante de la historia de nuestra región. Los toltecas fueron chichimecas que se apoderaron de los fragmentos del imperio teotihuacano; los aztecas fueron el último pueblo chichimeca que llegó al Valle de México hacia 1300. Esta mezcla de lo nómada y lo sedentario es una estructura de nuestra programación social.

18. Se ejemplifica claramente en el Templo Mayor azteca: un templo que en realidad era dos templos, uno dedicado al dios nómada Huitzilopochtli y otro dedicado al dios sedentario Tláloc. Los dos templos en la misma pirámide. Por ello (y por algo más) el historiador francés Christian Duverger sostiene la hipótesis de que antes del mestizaje novohispano hubo un mestizaje previo. El primer mestizaje lo llevaron a cabo los nahuas, de origen chichimeca, que se extendieron por toda Meso América, interactuando con las culturas locales; su pertenencia a los mundos nómada y sedentario les otorgaba un poder de intermediación especial que se enmarcó en su prodigiosa expansión territorial. Antes del mestizaje que impulsó Cortés, hubo un mestizaje previo prehispánico que acogió positivamente el mestizaje colonial. Parecería que viéndolo en una larga duración (o en largo plazo) el mestizaje es la gran contribución de México al mundo. El mestizaje: el encuentro de otredades que se combaten en principio pero que luego se aceptan para crear un modo más rico de existencia histórica.
19. Este Gran Desierto Chichimeca, que se prolonga en las grandes llanuras de Norte América, atrajo pronto la atención de los españoles. En Zacatecas, San Luis Potosí y Durango, se encontraron vetas riquísimas de plata, que estimularon la colonización de este norte colonial, el fabuloso norte minero que hoy es un norte sureño, casi centro del país. Los españoles se enfrentaron a los chichimecas en una guerra de exterminio y de desalojo. La Gran Guerra Chichimeca de 1550 a 1600 fue devastadora pero logró abrir las minas de plata y auspiciar las ricas tierras aledañas del Bajío, ese territorio en medio del Altiplano nahua y las minas de Zacatecas. Nueva España no se entiende sin este diálogo, aunque casi monólogo humano, entre los paisajes mineros del norte chichimeca y las tierras agrícolas de los aztecas, otomíes, tarascos, zapotecas y mixtecos. Nueva España es la plata. Pero hagamos un alto y regresemos un poco en el tiempo para explicarnos porqué fallamos los penaltis.
20. La Conquista es vista como una hecatombe. Y desde luego lo fue para el mundo indígena de Meso América. Pero no fue sólo una hecatombe. También fue muchas cosas más. Entre estas cosas adicionales, fue una cuestión de empresarios. Los conquistadores fueron los más grandes empresarios de la pre modernidad europea. Hombres de Extremadura, región fronteriza entre las Españas y Portugal, entre las Españas y los reinos musulmanes de el Al Andalus, estos fronterizos eran de armas tomar, individualistas, creativos, ambiciosos, emprendedores; en fin, empresarios en un mundo donde todavía no regía del todo el libre mercado. Hernán Cortés fue el más grande de todos los conquistadores, el mayor de estos empresarios que fundaron el Imperio español, uno de los más extensos y sólidos de la historia. Si recuperáramos la memoria, los mexicanos pondríamos en nuestro haber esta fundación empresarial de los que hoy llamamos México y que balancearía al menos nuestra mentalidad maicera francamente anti moderna.

21. Pero Cortés no fue sólo el más destacado empresario español de todos los tiempos (incluidos los nuestros) sino que fue lo más parecido al Príncipe de Maquiavelo. Sabemos que Maquiavelo modeló su príncipe bajo el patronazgo de dos españoles: Fernando el Católico y César Borja. Su contemporáneo Hernán Cortés los supera con mucho. Zorro y león, sabía que la fuerza es la *ultima ratio* y que la negociación (el arte político) es la *prima ratio*. Primero, negociar, y si se fracasa, entonces el uso de la fuerza. Lejos de ajustarse al modelo del conquistador cruel y despiadado (modelo en el que encajan perfectamente Pedro de Alvarado y Nuño de Guzmán), Cortés fue un consumado maestro del *divide et impera*, un maestro conocedor de los hombres y de sus circunstancias, un maestro del arte de lo posible. Su idea inicial era cogobernar con Moctezuma el imperio azteca, empresa que llevó a cabo durante medio año en un marco de normalidad cotidiana. Cuando los caballeros águila de la Triple Alianza tomaron el lugar de Moctezuma, aun así quiso negociar con Cuitláhuac y Cuauhtémoc. La destrucción de Tenochtitlán es responsabilidad histórica del joven tlatoani azteca, el famoso “águila que cae”. Moctezuma antes que traidor fue un realista: prefirió ceder a perecer, acomodarse a la nueva situación antes que ver destruida su ciudad y su gente.
22. Pero el talante empresarial y político de Cortés no agota su rica personalidad. Fue un maravilloso escritor que en tiempo real redactó sus cinco **Cartas de Relación** a Carlos V. Y lo esencial: desde su experiencia caribeña Cortés fue un promotor del mestizaje (no del apartheid que la Corona intentará imponer), defendiendo con valentía a su pareja indígena taína y a su hija Catalina; posteriormente, hará lo mismo con Malintzin (Doña Marina) y con el hijo de ambos, el primer mestizo simbólico de México, Martín Cortés. Cortés reconoció a todos sus hijos e hijas por igual y en su testamento ordenó el regreso de las tierras conquistadas a sus poseedores legítimos, los indios, en caso de que se mostrara sin justificación la Conquista.
23. Obviamente, Cortés, inmerso en la historia humana, está también inmerso en la violencia de la historia pero debemos recuperar su papel de padre fundador de esto que llamamos México. Es notable que dos de los grandes defensores de los indios mexicanos lo apoyaran en su momento: Pedro de Gante, pariente cercano de Carlos V y hermano lego franciscano que enseñó a los indios las artesanías de Flandes, el hombre más poderoso de la Nueva España en el siglo XVI al decir de Jean Meyer, y Fray Toribio de Benavente, Motolinia-el pobrecito de Dios, cronista franciscano y defensor de los indios. Retomo de Motolinia este párrafo de su Carta al Emperador en el que dice de Hernán Cortés: **Dios lo visitó con grandes aflicciones, trabajos y enfermedades, para purgar sus culpas y alimpiar su ánimo. Y creo que es hijo de salvación y que tiene mayor corona que otros que lo menosprecian.**
24. Curiosamente, la Conquista es vivida desde el punto de vista indígena, contradiciendo la norma de que la historia la escriben los vencedores. “Nos conquistaron,” decimos los mexicanos. Y a esta óptica atípica le agregamos por si fuera poco dos traumas que se mantienen como virus en nuestros programas históricos: el trauma del heredero criollo desposeído y el trauma de la violación de las indias. Los conquistadores, y Cortés entre ellos, fueron desplazados del poder por los funcionarios de la Corona; los hijos de los conquistadores, esos españoles nacidos en América, cultivaron un rencor amargo al ver que los funcionarios peninsulares se apoderaban de lo que consideraban suyo, la herencia

paterna. Desde entonces, en el inconsciente colectivo (*what ever that means*) de los latino americanos se destila una amargura frente a todo triunfador, frente a todo hombre al que le sonrío la fortuna. Esa fortuna y ese éxito me pertenecen a mí, me lo han quitado.

25. El trauma de la violación de las indias es sin duda más general y más doloroso. Porque el mestizo es originalmente producto de una violación masiva, la que los conquistadores ejercieron sobre las indias. Los varones indígenas desplazados sintieron a veces que sus mujeres preferían a los españoles; el malinchismo, pues. Los mestizos veían a su madre pero no a su padre; eran rechazados por el mundo indígena de varones desplazados pero también por el mundo español de sus padres. Hijos de la violada, hijos de la chingada. Así, de esta forma suena como debe sonar, fuerte y casi como un cataclismo. El mestizo muestra entonces una inseguridad frente al cosmos, frente al entramado humano. Y para sobrevivir se enmascara, muestra mil caras de la que ninguna corresponde a su rostro. Se desarrolla así un complejo de inferioridad que se vuelve raíz difícil de escardar. Se despliega también un culto ancestral a la máscara, al tapado, al Santo, al subcomandante Marcos; un culto a la apariencia y a la forma, en detrimento del rostro y de la verdad. El mestizo no es indio, no es español. Es hoja que se lleva el viento, es existencia pura, angustia ante el devenir vital. Lo cual lo planta directamente en la postmodernidad: no tiene programación (su única identidad es ese cataclismo de saberse producto de una infamia), y sin embargo, por ello mismo tiene el poder de inventarse a sí mismo, de proyectarse en libertad hacia futuros diversos. El mestizo novohispano anticipa al hombre globalizado, al privilegio de las tribus postmodernas.
26. Del mestizaje que es mezcla, sincretismo, apuntemos en nuestra mente el arte barroco en el que el Imperio español en América dio muestras sobresalientes; barroco de la prosa, de la poesía, de la arquitectura religiosa y civil, de la pintura y la música. Y desde luego lo que ya esbozamos antes: la Guadalupana, figura barroca auspiciada por la orden de los jesuitas, hijos de la Contrarreforma católica y del barroco europeo. No es de extrañar que nuestra sensibilidad siga siendo neo barroca, de lenguaje rebuscado, de imaginería recargada, de laberintos y retruécanos. Lo emocional y lo pasional es lo nuestro; la razón y las líneas rectas, no van con nosotros.
27. Quedamos en que a los mestizos se los lleva el viento. ¿Adónde? Por lo pronto, se los llevó a las minas de plata del norte colonial. Al ser exterminados los chichimecas nómadas de la zona, el problema de la mano de obra fue acuciante. Aquí, en las minas de plata zacatecanas se prefiguró la economía de mercado libre: los salarios elevados atraieron la mano de obra mestiza conformándose el núcleo de ese otro México, el norteño, fraguado por una libertad existencial que no se palpaba en el México profundo, sometido a programaciones rígidas y a intentos de apartheid.
28. Pero la plata, tan novohispana, tan mexicana, tiene una maldición: es una actividad de azar, en la que el trabajo no corresponde al resultado. Las vetas de plata van y vienen como la lotería. Esto desemboca en una economía de juego, no en una economía moderna donde el esfuerzo humano cristaliza en bienes y servicios. Nueva España vivió varios booms de la plata y en ellos la riqueza súbita conformó hábitos de nuevos ricos, de consumo de lujo y de baja inversión, de la fiesta repentina y del tirar la casa por la ventana. En contraste, los puritanos

ingleses, alemanes y holandeses, de Nueva Inglaterra y de las colonias centrales, tuvieron que trabajar para sobrevivir en el clima frío del septentrión inglés. No tuvieron plata, y entonces como Robinsón Crusoe en su isla, descubrieron que la verdadera riqueza es el trabajo humano creador. En 1921 nos lo dijo claramente el poeta zacatecano Ramón López Velarde en su SUAVE PATRIA:

El Niño Dios te escrituró un establo,  
y los veneros del petróleo, el diablo.

Como zacatecano, de ambiente plateresco, López Velarde sabía de lo que hablaba cuando indicaba que el petróleo era herencia del diablo: riqueza que llegaba fácil, riqueza que se malgastaba con facilidad. El establo, el rancho, la granja, el esfuerzo humano que respeta la naturaleza, es la verdadera herencia del Niño Dios.

29. ¿Y qué se hizo de la plata colonial y decimonónica de México? Se convirtió en leyenda y en por lo menos una película soberbia de John Huston basada en una novela de Bruno Traven EL TESORO DE SIERRA MADRE. Pero los booms plateros de Zacatecas y de Guanajuato alimentaron la necesidad de plata del extremo Oriente que a cambio de ello nos legó su seda (el rebozo de seda que te traje de Tepic del Son de la Negra), su marfil, su especiería, sus biombos, su China Poblana, su san Felipe de Jesús -el primer santo mexicano crucificado en el Japón de los shogunes-, y los maravillosos juegos de artificio de nuestras celebraciones, basados en la pólvora china. La plata mexicana es China y es Japón y es Filipinas y es India. Y esto, es decir mucho pero mucho en estos tiempos. Hay una vocación asiática de México que la Corona española truncó en el siglo XVII. A pesar de esto, recordemos que no en balde Cortés soñaba con conquistar China con los guerreros aztecas de Moctezuma y no en balde hay una Mar de Cortés allá rumbo al Pacífico norte y no en balde hubo un Escuadrón 201 en la Segunda Guerra Mundial que dio materia para una hermosa novela de David Martín del Campo, CIELITO LINDO.

30. La plata dirigida al gasto suntuario, al gasto de lujo, beneficia poco al que lo realiza pero estimula las economías de los que producen esos artículos de lujo. Así, la plata mexicana de la Colonia, benefició en realidad a Holanda, a Inglaterra y a Francia, que produjeron lo que los consumidores enloquecidos del Imperio español requerían. Los tesoros de las Indias fortalecieron al naciente capitalismo del norte europeo y sumió en la inflación y en el consumo suntuario a las poblaciones de las Españas. Dinero fácil, pícaros que quieren vivir bien pero no quieren trabajar (lazarillos de Tormes y Guzmán de Alfaraches al por mayor), palacios que se codean con los arrabales, rueda de la fortuna que gira y gira con rapidez, y al final, la pobreza inicial porque como dice el dicho campirano mexicano, “el que nace pa’ tamal del cielo le caen las hojas.”

31. Pero lo sorprendente es que en Nueva España hubo una pequeña Holanda, una pequeña Inglaterra y hasta una pequeña Francia, que se benefició realmente de la plata del norte colonial. Fue nuestro Bajío, que surtió de productos agrícolas y manufactureros a las minas zacatecanas, que envió sus ganados a las haciendas de beneficio norteñas, que absorbió a los hijos de los potentados mineros en sus afamados colegios seminarios. El Bajío, con su



gran centro Guanajuato, se transformó en la región más rica y trabajadora de la América hispana y quizás del Imperio español todo. La zona misma contaba con minas de plata. Territorio dinámico, territorio de criollos que ambicionaban gobernar su propio reino, territorio con equilibrio urbano, con ciudades diversas especializadas en la ganadería, en la agricultura, en el comercio, en las manufacturas, en la educación, en el gobierno. Corazón del México criollo. Ahí surgirá la idea de una Nueva España autónoma, integrante sí del Imperio español pero administradora de su propia riqueza. El patriotismo criollo se despliega en estas regiones de trabajo, muy modernas. Aquí el rencor criollo, contra las llamadas reformas borbónicas, explotó en la revuelta social de Hidalgo en una forma tan extrema como en ninguna parte de América.

32. No sé a Ustedes pero a mí la vida me ha enseñado que hay que tener cuidado con los paréntesis; esto lo relaciono con el dicho bíblico de que “la piedra que rechazaron los constructores es hoy la piedra angular.” Si nos fijamos, la época colonial o novohispana se corresponde al período medieval de Occidente. Lo que me interesa subrayar por lo pronto es lo siguiente: el término Edad Media es un término peyorativo, un paréntesis entre la grandeza de la antigüedad grecorromana y la modernidad progresista. Así también nuestra época colonial o novohispana se le ha considerado un paréntesis entre la grandeza prehispánica y la reanudación de nuestro ser social con la Independencia. Nada más falso en ambos casos: la Edad Media occidental es el período formativo de la Europa actual y la era novohispana (o colonial) es también la matriz del México moderno. Octavio Paz en su *LABERINTO DE LA SOLEDAD* fue el primero que a mediados del siglo pasado apuntó la originalidad colonial: mezcló dos mundos; creó la hacienda, elemento esencial del paisaje mexicano; y cimentó la centralización de la vida social mexicana. La Colonia fue la matriz del México de hoy. El mestizaje ya lo tocamos. Vayamos a la hacienda y a la centralización.
33. Nuestro país se llama México, o al menos así le decimos. En realidad su nombre técnico es el de Estados Unidos Mexicanos, pero cuando nos preguntan de dónde somos, los mexicanos contestamos que somos de México. Y la capital de México es México. Dato curioso: nuestra capital le da nombre al país. Con los dedos de una mano contaremos en el mundo casos similares a éste de México. México: México. Un espejo que se refleja a sí mismo, un monólogo aburrido y sin sentido. Y en esta nuez de “México: México” se encierra uno de los programas de nuestra nación: la centralización de la vida social. En tiempos pasados, la centralización se topaba con las distancias y con la geografía montañosa y sin ríos navegables de nuestro país; y entonces los gobernantes podían decir: “cúmplase pero no se obedezca”. Conforme las vías férreas y los telégrafos se extendieron por nuestra geografía a fines del XIX, también se extendió la centralización efectiva. Y entonces el ritmo del tambor de México capital se asumía en los tambores de las provincias. Exagero, desde luego. Pero no tanto. La *pax priista*, de la postguerra a la caída del muro de Berlín, fue la época dorada de este proyecto de centralización. Ahora esta centralización se cuestiona y con razón. La postmodernidad requiere pluralidad y diálogo. Nos da miedo porque sentimos que estamos en riesgo de fragmentación. Y el riesgo es real. Pero vale la pena regresar al nombre de nuestro país y hacerlo válido: ESTADOS, diversidades, UNIDOS, proyecto común (¿mestizaje, generosidad social, apertura a las otredades?), MEXICANOS.

34. El tercer elemento básico de nuestra programación social colonial fue la hacienda. Esta surge para llenar los vacíos causados por la catástrofe demográfica indígena. Recordemos que la hecatombe poblacional de Meso América fue provocada por las enfermedades del Viejo Mundo que se convirtieron en epidemias devastadoras entre los nativos de América. La hacienda se propagó en estos huecos inmensos, en estos vacíos que de repente se topaban con pueblos indígenas de supervivientes. La hacienda en el norte colonial se desplegó sin fronteras, sometida a la escasez del agua y a los ataques de los apaches y comanches de la zona.
35. La situación social de la hacienda varió en el espacio y en el tiempo; la pintura negra que la Revolución hizo de ella, es más ideológica que real. La hacienda fue un mundo en sí misma, un colectivo que marchaba por regla general adonde el hacendado se dirigiera. Hubo hacendados liberales y hacendados conservadores, hacendados revolucionarios y hacendados reaccionarios, y lo curioso es que sus peones acasillados, sus trabajadores temporales, sus aparceros y medieros, sus rancheros, dirigían sus esfuerzos en la misma dirección que el hacendado. En general, la lucha entre los hacendados y sus peones es un mito más de la ideología revolucionaria. Al menos mientras los dueños de la hacienda permanecían en ellas, haciendo frente a los vendavales de la historia, sus peones eran solidarios de la hacienda como colectivo. Estas haciendas se complementaban con ranchos innumerables y con las tierras de los pueblos que se trabajaban de manera individual y cuya propiedad se había ido transfiriendo gradualmente a manos privadas. Los llamados ejidos (idealizados y tergiversados por la ideología revolucionaria) eran simplemente los bosques y tierras de pastoreo abiertas a los habitantes de los pueblos.
36. Sabemos que la destrucción de la hacienda del paisaje mexicano fue obra del cardenismo. La reforma agraria mexicana imitó la colectivización agraria bolchevique y se basó en un supuesto colectivismo agrario prehispánico. Cárdenas destruyó la hacienda pero los ejidos que la sustituyeron fueron un desastre: fragmentaron las haciendas reduciendo su productividad, obstaculizaron el crédito agrícola al eliminar la propiedad privada, y burocratizaron y politizaron el campo. Lo que sí resultó para el nuevo régimen revolucionario fue la cooptación del voto campesino, la formación de un mercado electoral cautivo en un México rural, basamento del autoritarismo priista. Según Jean Meyer, máximo estudioso de los cristeros, los agraristas se apartaron de la norma campesina proverbial: la tierra legítima es la que se compra o la que se hereda; la tierra que te regala el gobierno es un regalo amañado, un regalo diabólico. Conforme se dio la urbanización de México, los ejidos dejaron de ser útiles para el autoritarismo priista, viviendo actualmente el campo mexicano una situación ambigua y de desolación.
37. Los estudiosos del campo mexicano y de la reforma agraria cardenista se preguntan: ¿había alternativas al ejido? Desde luego que sí: promover por ejemplo la pequeña propiedad, y sin destruir la hacienda, mejorar las condiciones de vida de los peones acasillados mediante legislación laboral agraria. En los 1940's se debatió fuertemente en México acerca de su proyecto industrial: industrializar el país a la inglesa, es decir en las ciudades, o industrializar el país a la danesa, es decir, en el campo. La élite revolucionaria se decidió por la forma inglesa, condenando al ejido a servir a la ciudad. La forma danesa fue escogida por el Sur

mítico de nuestra América, siendo Uruguay su ejemplo más prestigioso. Pero la forma danesa requería propiedad privada y libertad electoral. Y eso, no entraba en el imaginario de la familia revolucionaria.

38. Antes de concluir con este repaso por nuestra historia, permítanme hacer algunos comentarios sobre tres temas adicionales de nuestra época moderna: la revuelta de Hidalgo, la época de Santa Anna y el liberalismo triunfante de Juárez y de Porfirio. Comienzo con el Padre de la Patria. Primero, una duda: ¿por qué un solo padre y no varios, como los *Founding Fathers* de Estados Unidos? ¿Por qué no Hidalgo y Morelos e Iturbide? O es más, seamos más atrevidos: ¿Por qué no Cortés y la Malinche, y Motolinia y las Casas, y Sor Juana y Clavijero, e Hidalgo, Morelos e Iturbide? Necesitamos desprendernos de nuestros monopolios, tener menos héroes de bronce y más hombres de carne y hueso a los que admirar simplemente por eso: porque fueron hombres que se ajustaron a sus circunstancias con sus luces y sus sombras.
39. Hidalgo, sin duda, es un padre al que admirar. Sus luces: un intelectual de primera categoría, rector más joven del colegio más prestigioso de Nueva España, el de San Nicolás en Valladolid; un criollo católico de enorme acción social entre los mestizos e indios desposeídos del Bajío; un personaje carismático que se mueve como pez en el agua en cualquier escenario social, entre las élites de Nueva España, entre las clase medias dinámicas del Bajío o entre las clases populares del corazón de México. Sus sombras: cree dominar al México bronco que se le sale de control a los pocos días de iniciada la revuelta, devastando Guanajuato, la joya colonial de América y destruyendo vidas y haciendas del Bajío, de tal forma que sus herederos intelectuales liberales y conservadores, curiosamente de Guanajuato, José María Luis Mora y Lucas Alamán, marcan su distancia frente a este caudillo populista; se le sube el poder con tantito poder, en Guadalajara acepta de sus aduladores el título de Su Alteza Serenísima anticipándose a Santa Anna y recordando a los imanes del Islam (otro de nuestros pasados) que unen peligrosamente en las mismas manos el Trono y el Altar; en Guanajuato y sobre todo en Guadalajara da rienda suelta a su rencor criollo asesinando a mansalva a peninsulares no sin haber esquilado su patrimonio.
40. Desde luego que su vida privada es la de un cura excepcional del siglo XVIII: lee mucho y le encantan los libros y el teatro clásico francés (de su casa parroquial en San Francisco Torres Mochas se dirá que es la Francia chiquita); es “un loquillo” con las mujeres, como dirían los adolescentes de ahora, y tiene al menos dos parejas y varios hijos por los que ve y sufre; le encanta la música de todo tipo y las fiestas y la buena vida. Su balance: después de la destrucción y el asesinato masivo en el Bajío, reconoce sus errores y muere en paz, soportando con valentía los juicios civil y eclesiástico a los que es sometido. A todas luces Morelos es el anti Hidalgo: se autotitula Siervo de la Nación y efectivamente la sirve. Sin embargo, cuando es apresado no soporta la tensión y delata a los criollos que lo respaldan en la ciudad de México, los famosos guadalupes.
41. Santa Anna es el mexicano más denostado de nuestra historia, y con razón. Pero aun así tratemos de comprenderlo. Su biógrafo más reciente el escocés Will Fowler sostiene que nuestro caudillo fue ante todo un militar que se sentía feliz en campaña y un hacendado que

ejercía su papel con seriedad. Sin embargo, fue un típico criollo, y decir esto significa que en política fue un seductor: un hombre que desea el poder y cuando lo tiene no lo sabe (ni lo quiere) ejercer. En cambio, el conquistador –Cortés, Juárez o Díaz- captura el poder para ejercerlo y de preferencia para siempre. Entre el seductor y el conquistador se nos asegura que hay un tercer tipo de caudillo (y de pareja): el acompañante, que ejerce el poder como servicio pero que no teme dejarlo cuando los tiempos lo aconsejan.

42. Santa Anna tuvo todas las faltas de carácter pero esas faltas fueron la de todos los criollos de su momento y la de la élite mexicana en su conjunto. Querían el poder pero no sabían para qué; reflejaban esa sociedad fluctuante y cambiante del primer cuarto de siglo de vida independiente. Sociedad política frívola, que pasó de la monarquía a la república federal y de esta a la república central y de esta otra vez a la república federal y de esta a la dictadura militar; esta frivolidad, orilló al país a perder frente a los Estados Unidos la mitad de su territorio. Sin duda, Antonio López de Santa Anna tuvo un carisma peculiar que lo convertía en un imán en los momentos de crisis: la patria lo busca siempre que hay peligro y siempre la defrauda, y siempre lo busca cuando hay peligro y siempre la defrauda, y siempre lo busca... y así en un cuento de nunca acabar. Pero el cuento terminó: y terminó cuando la élite política se conmocionó ante la mutilación territorial. Liberales y conservadores ajustaron sus argumentos ideológicos para que en un duelo a muerte uno de ellos prevaleciera por el bien de México, o al menos por el bien de su grupo político.
43. Sabemos que los liberales triunfaron en una guerra casi religiosa que no en vano se llamó de Reforma (1857-1861), y que luego, volvieron a triunfar frente a la Intervención Francesa y al Imperio (1862-1867) con la ayuda de los Estados Unidos de Lincoln y gracias a que los juaristas supieron leer –literalmente- el escenario internacional a través de los periódicos y revistas extranjeros que les trazaron un cuadro realista de las posibilidades de la aventura napoleónica. Y todo esto desde el último rincón del desierto nortero mexicano según se desprende de los análisis lúcidos que por encargo de Benito Juárez realizó José María Iglesias en sus REVISTAS HISTÓRICAS.
44. Bajo la guía del llorado maestro Francois-Xavier Guerra nos adentramos a este último bloque de nuestra reflexión histórica. Guerra en su clásico MÉXICO: DEL ANTIGUO RÉGIMEN A LA REVOLUCIÓN asienta que los liberales deseaban transformar el México tradicional mayoritario, compuesto por sus pueblos indios, sus haciendas patriarcales, sus lazos familiares y de sangre casi feudales, sus regiones fragmentadas, su religiosidad popular intensa, su Iglesia Católica omnipresente, su élite criolla conservadora y sus múltiples gremios y cofradías cuasi medievales. El problema es que los liberales eran una minoría y una minoría creyente en la democracia. ¿Cómo podía una minoría de educación moderna transformar un país cuya mayoría era tradicionalista en un contexto democrático? Los liberales sabían que si implementaban realmente la democracia perderían el poder. Así que crearon un régimen de “ficción democrática” en donde el discurso político era democrático pero el curso político era autoritario. Lo consideraban un paréntesis temporal, una dictadura en el sentido romano antiguo: una época de excepción en la que un caudillo ejercería el mando real sin implementar la Constitución pero sin eliminarla del escenario político. La República Restaurada de Juárez y el Porfiriato llevaron a cabo esta ficción democrática.

45. Pero la “ficción democrática” requería además de pactos sociales que hicieran posible la paz y el progreso. La paz ante todo, puesto que el país había vivido desde 1810 y hasta 1870, un período de turbulencia que incluía golpes de estado, guerras civiles, invasiones extranjeras, ataques de nómadas, bandidaje generalizado, luchas cruentas de caudillos y caciques, y la sombra de militares y de la soldadesca por doquier. Así, Porfirio Díaz pactó con todos y armó un entramado de lealtades y fidelidades complejas que aquietaron por fin al México bronco, al tigre que según el mismo Díaz, Madero había soltado con su rebelión. Y así de 1910 a 1940, se despliega una feroz guerra civil, que concluye en una “nueva ficción democrática” y en nuevos pactos sociales; se trata de la PAX PRIISTA que en su etapa clásica se circunscribe de 1940 a 1970. Un neo porfiriato como lo asentó Daniel Cosío Villegas; un autoritarismo liberal con un Porfirio Díaz sexenal, menos honesto pero igual de eficiente.

Y hasta aquí nuestra reflexiones. Bendiciones a todos.

## **Versión original:**

46. Los principales pactos porfiristas fueron:

- a. Con los grupos liberales modernos: mantener la Constitución de 1857 y todo su aparato institucional con formalidad pero sin sustancia real; auspiciar la educación moderna sobre todo entre la élite y las clases medias urbanas con el afán de crear un “pueblo nuevo” sostén de la futura democracia; dividir el poder entre los liberales jacobinos de provincias controladores de la gubernaturas y de las zonas militares y los positivistas comtianos de la capital, detentadores de los ministerios de seguridad pública, finanzas, educación y relaciones exteriores
- b. Con los grupos conservadores: prohibición del ejercicio político pero apertura para el dominio económico y social de las élites conservadoras; mantenimiento formal de las Leyes de Reforma anticlericales pero autonomía interna de la Iglesia Católica; mantenimiento de la prohibición constitucional de la propiedad comunal en los pueblos pero indiferencia oficial ante su uso generalizado.

47. Los pactos comenzaron a romperse conforme a la pacificación siguió el progreso. Subrayemos que a los contemporáneos de Porfirio Díaz el progreso material no era lo vital; para ellos, la paz era lo esencial. Díaz fue aclamado como el pacificador y el mismo Tolstoi, el profeta de la no violencia, lo proclamó Apóstol de la Paz. La paz, ahora comprendemos a nuestros ancestros de 1880, es un bien en sí mismo, sobre todo cuando la disolución social es la norma. Pues bien, la paz y el progreso consiguiente rompieron estos pactos puesto que los grupos y situaciones que los integraban se desplazaron en la línea de fuerzas. Por ejemplo, la educación y la industria proliferaron creando un “pueblo nuevo” con valores liberales y democráticos que no veían en la realidad. Las haciendas progresistas de la zona de Morelos dedicadas a la exportación azucarera fueron desplazando a los pueblos indios de sus tierras comunales alterando el equilibrio rural de la zona. Los liberales jacobinos porfiristas se molestaron con el régimen cuando la Iglesia Católica comenzó una labor social abierta y

nuevas misiones para recuperar su presencia en el Occidente de nuestro “extremo occidente”, el Bajío. Los grupos conservadores envalentonados por su crecimiento y prestigio buscaron apoyaturas políticas nuevas. La clase obrera emergente planteó un reto singular a la clase política, acostumbrada al entorno rural; la misma burguesía nacional también emergente cuestionó la política de inversiones extranjeras de los tecnócratas del centro.

48. Así, Díaz enfrentó una recomposición de los actores colectivos nacionales en un momento en que empezaba a envejecer y en el que se había acostumbrado a ser “el hombre necesario” según la feliz expresión de Daniel Cosío Villegas. El desequilibrio ambiente se reflejó en la crisis de sucesión que Díaz no pudo (o no quiso resolver). Aparentemente, buscó que los positivistas del DF encabezados por Limantour, el eficaz Secretario de Hacienda, controlaran la presidencia y el aparato financiero y diplomático del país; y que los liberales jacobinos de las provincias liderados por el general Bernardo Reyes, prominente gobernador progresista de Nuevo León, cuidaran la Vice Presidencia y con ella el México real de tierra adentro. Pero los científicos y los reyistas entraron en conflicto y Díaz optó por los tecnócratas, apoyando a un científico de provincia, prohombre de Sonora, Ramón Corral, como su sucesor. El México nuevo cuestionó esta imposición mediante un joven norteño, vinculado al prodigioso Monterrey, miembro de la gran burguesía nacional. Francisco I. Madero. El joven Madero propuso a Díaz un escenario plausible: que el pueblo nuevo eligiera al sucesor de Díaz en la Vicepresidencia, respaldando en la presidencia al incasable pero ya anciano de 80 años, Porfirio Díaz. Díaz rechazó el proyecto maderista e impuso su proyecto pro científico. El pueblo nuevo despertó y con él los actores colectivos que como los pueblos indios, los católicos, los conservadores, la burguesía nacional, los liberales jacobinos, habían formado parte del antiguo pacto porfirista. Una crisis de exportaciones derivada de la recesión de los Estados Unidos y sequías en el campo se conjugaron con la crisis de sucesión para dar paso a la guerra civil de 20 años que los historiadores llaman Revolución Mexicana. Esta, no terminó, hasta que la familia revolucionaria, hizo nuevos pactos que reacomodaron los elementos de la modernidad y de la tradición que integraban a México. El PRI como nuevo Porfirio Díaz colectivo, se encargó de gobernar a México en paz y en progreso, hasta que los frutos de su propio éxito empezaron a desequilibrar los equilibrios antiguos y una nueva crisis de sucesión se resolvió en el 2000, cuando un hombre del “nuevo pueblo nuevo”, originario del Bajío, sacó al PRI de Los Pinos.

\*\*\*\*\*

49. ¿Qué textos clásicos les recomiendo para revitalizar su reflexión histórica? Para los aztecas el brillante estudio de los sacrificios humanos realizado por Christian Duverger, LA FLOR LETAL. LA ECONOMIA DEL SACRIFICIO HUMANO AZTECA. En este libro religión, política y sociedad son desmenuzados en un análisis deslumbrante, inolvidable. Si lo leen, lo van a soñar. Para el momento de la Conquista: la HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉJICO de Francisco López de Gómara; secretario de Cortés, poseedor de sus secretos y de sus papeles privados, nos ofrece un maravilloso recuento de la Conquista en una prosa elegante y clara, digna de un humanista del Renacimiento. Para la visión de los vencidos no hay monumento mejor que la enciclopédica HISTORIA GENERAL DE LAS COSAS DE LA NUEVA ESPAÑA de Fray Bernardino de Sahagún; fraile franciscano, fundador de la antropología occidental, estudia durante 50 años la memoria colectiva de la élite azteca para recrear una cultura que

estaba a punto de desaparecer. De los guisos a las clases sociales, de la sexualidad a los dioses, de las premoniciones de la Conquista a la toma de Tenochtitlán, todo, verdaderamente todo, fauna, flora, paisaje, humanidad, todo es explorado por el infatigable Sahagún. Les advierto que necesitarán una beca para leerlo.

50. Para la Colonia me quedó con cuatro clásicos: de Robert Ricard LA CONQUISTA ESPIRITUAL DE MÉXICO, amorosa descripción de la labor de los frailes misioneros que defendieron a los indios y conquistaron para siempre sus corazones; de Jacques Lafaye, QUETZALCÓTL Y GUADALUPE, análisis impecable de los símbolos religiosos de la Nueva España, no apto para católicos aparicionistas; de Octavio Paz, SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ O LAS TRAMPAS DE LA FÉ, una profunda biografía de Sor Juana que indaga su mente y su corazón, sus amistades y sus enemistades, y el juego peligroso de las cábalas políticas en el que jugó y al fin perdió; por último, de Alejandro de Humboldt, ENSAYO POLÍTICO SOBRE EL REINO DE LA NUEVA ESPAÑA, fantástico paseo por la geografía física y humana de la joya de la corona española, momentos antes de su independencia. Realmente impresionante.
51. Para la modernidad y postmodernidad mexicanas me atrevo a sugerir pura literatura. Y es que en la novela moderna está la historia, y en la historia, desafortunadamente, casi pura novela. Tres novelas de bandidos para el México del siglo XIX: de Manuel Payno LOS BANDIDOS DE RÍO FRÍO, un fresco grandioso del México de Santa Anna hacia 1840, que no deja títere con cabeza y que va de las chinampas de Xochimilco hasta la comanchería que escalpa los cueros cabelludos en Durango; de Luis G. Inclán, ASTUCIA, una novela de Michoacán sobre los contrabandistas del tabaco de mediados de siglo, y no olvidar que el estanco del tabaco era el PEMEX de aquellos tiempos; y de Ignacio Manuel Altamirano, EL ZARCO, sobre el bandidaje y la disolución social en el México de 1860, tan vívido que no sabemos si está narrando algo que ya pasó o algo que está pasando en el noreste mexicano contemporáneo o en la actual tierra caliente del Pacífico sur. Le agrego dos extraordinarios libros de memorias con anécdotas encantadoras de un México que era (¡y que es!): de Madame Calderón de la Barca, la esposa escocesa-yanqui del embajador español en México, que nos merece nuestra eterna gratitud por su amor (nada trumpeano) a los mexicanos de 1840; y de Guillermo Prieto, MEMORIAS DE MIS TIEMPOS, un lujo que cualquier mexicano puede darse con sólo abrir al azar este libro parecido a las Mil y una noches.
52. Y ahora sí, concluyamos con el siglo XX, los tres imprescindibles de la Revolución Mexicana, los tres anti revolucionarios, es decir, opuestos a la ideología que los nuevos poderosos (los norteños, los nuevos chichimecas) quisieron imponer al México profundo. De Mariano Azuela, LOS DE ABAJO, villistas que con Demetrio Macías, siguen apuntando, ya muertos, con el cañón de su fusil; de José Vasconcelos, ULISES CRIOLLO, memorias de su infancia, adolescencia y juventud, una historia que se disfruta como una historia de sobremesa y que nos lleva de la tierra de los apaches a la frontera texana, y de ahí al México profundo de Toluca y al México tropical de Campeche, para terminar en esa ciudad de México de las postrimerías de Díaz. Sin duda, mi favorito entre todos los libros sobre México. De Martín Luis Guzmán, LA SOMBRA DEL CAUDILLO, una historia de terror sobre los tejes y manejes de Obregón y Calles en el México de los platos de sangre de los 1920's. Para la Cristiada, les

recomiendo una novela rosa imperecedera, y bastante objetiva, que disfrutarán al máximo, PENSATIVA de Jesús Goytortúa Santos. El México de la provincia michoacana entre 1890 y 1920 se halla descrito con maestría inigualable en LA VIDA INÚTIL DE PITO PÉREZ de José Rubén Romero. El México burgués de la familia revolucionaria lo encontramos en LAS BUENAS CONCIENCIAS de Carlos Fuentes, una novela de formación, una novela de talante ético, enclavada en el Guanajuato de 1940. Para el México profundo dominado por el cacicazgo y la soberbia de los poderosos, PEDRO PÁRAMO de Juan Rulfo. Y, final de finales, para los que desean emociones fuertes sobre el milagro mexicano no hay otro libro que el de Oscar Lewis LOS HIJOS DE SÁNCHEZ.

### 3 Museos Contando Tu Historia.

[3museos.com](http://3museos.com)

 **MUSEO**  
DE HISTORIA MEXICANA

 **MUNE**  
MUSEO DEL NORESTE

 **MUSEO DEL PALACIO**



Gobierno de  
Nuevo León